



RECENSIONES

Maria THOMAS, *La Fe y la Furia. Violencia Anticlerical Popular e Iconoclastia en España, 1931-1939*, Granada, Comares Historia, 2014, 280 páginas por Fernando Jiménez Herrera (Universidad Complutense de Madrid).

Este verano de 2014 se ha publicado el nuevo libro de Maria Thomas fruto de su tesis doctoral. Un libro de gran interés para todas aquellas personas que deseen conocer mejor la violencia que se produjo durante los años de la República y la Guerra Civil española-contra los religiosos y los bienes eclesiásticos. Un fenómeno que no fue nuevo en España, y que responde a una serie de lógicas que expone y explica la autora. Este trabajo se centra en dos provincias españolas, Madrid y Almería, con el objetivo de contrastar dos zonas que recogen tanto los contextos sociales urbanos como los rurales que convivían en la España de la época. No obstante, no es una obra al uso, sino que rompe con los planteamientos tradicionales, y en muchos casos heredados, como por ejemplo, responsabilizar de toda la violencia anticlerical a grupos de jóvenes varones anarquistas, o no explicar el porqué de los acontecimientos, sino proceder a una mera descripción de actuaciones anticlericales, respondiendo a preguntas que no se habían formulado. Así por ejemplo la autora hace un esfuerzo particular por indagar en las motivaciones que guían este tipo de violencia. También es una obra innovadora, ya que revisa diversos mitos existentes, ya mencionados anteriormente, que todavía hoy se dan sobre la violencia republicana, en general, y la violencia anticlerical y la iconoclastia, en particular.

Este trabajo no se queda en un mero recuento y narración de acontecimientos iconoclastas y anticlericales, sino que intenta poner cara a los responsables de estos acontecimientos y explicar qué les llevo a hacerlo. En estos aspectos reside la novedad de la obra, que se encuadra dentro de estudios recientes que también tienen como objetivo desmentir y desterrar una serie de mitos y estereotipos sobre la violencia anticlerical e iconoclasta.

A través de seis capítulos la autora hace un repaso por diversos hechos anticlericales e iconoclastas de la historia de España. Algunos de ellos de finales del siglo XIX, con el objetivo de ver que los acontecimientos vividos en el año 1936 se nutren de una larga tradición en España, y cómo en cada momento histórico, dependiendo de su contexto, la ciudadanía responde de una forma u otra ante diversas agresiones. La autora nos va así introduciendo en los acontecimientos que se desencadenaron en 1936, y de esta forma explica las formas de defensa y agresión ante la influencia social y política de la Iglesia. Nos permite conocer a sus protagonistas, rompiendo la barrera de las multitudes, y sus motivaciones en un contexto nuevo, el de guerra. De esta forma podemos entender de forma clara cómo y por qué se produjeron semejantes actos iconoclastas y anticlericales en el verano-otoño de 1936.

En un análisis más pormenorizado, en el primer capítulo, nos adentramos en los años previos a la República, en los años de la Restauración, donde la Iglesia conservaba un papel predominante en la sociedad, papel recuperado tras el fin del sexenio democrático gracias a un pacto entre élites, la eclesiástica y la política y que se produjo sin contar con una población que había apoyado un primer intento de laicización con el sexenio revolucionario. La Iglesia no solo recuperó el poder perdido, sino que volvió reforzada y amparada por el nuevo Estado, consiguiendo nuevas cuotas de influencia en la esfera privada de las familias, por ejemplo, o en la educación y que por otro lado se esforzaba con la

ayuda de las autoridades políticas en impedir la formación de espacios alternativos de socialización. Todo ello va a ir nutriendo un sólido sentimiento anticlerical e iconoclasta, ya existente en el pasado, que tendrá su representación en una serie de actos contra la Iglesia y su falta de moral, como acusar a los religiosos y religiosas de repartir caramelos envenenados a los niños.

Con la proclamación de la Segunda República, las esperanzas y expectativas sobre la idea del espacio privado propio y los lugares de socialización secularizados cobraron mucha fuerza entre los anticlericales. No obstante, la Iglesia encontró otros mecanismos de resistencia, como la movilización de sus feligreses, lo que produjo una intensificación en la politización en ambos posicionamientos, tanto a favor como en contra de la Iglesia. Pero la cautela republicana hizo desaparecer pocos monumentos religiosos mientras que la creación de nuevos monumentos simbólicos republicanos que pudieran competir con los campanarios sólo se erigían, por falta de fondos, en las grandes ciudades. La escasez económica de la República impidió que se echara un pulso a los rituales religiosos financiados por las élites sociales y económicas. Sólo los grupos obreros plantearon una alternativa sólida y eficaz para contrarrestar la hegemonía simbólica que aún mantenía la Iglesia, y lo hicieron recurriendo a sus formas tradicionales de protesta anticlerical, unidas a nuevas formas de protesta, fruto del contexto. Por lo tanto, la quema de iglesias fue una manera de contrarrestar el poder de la Iglesia y una forma acelerada de ejecutar la insuficiente y lenta legislación republicana. Un último paso en la identificación de la Iglesia con el poder político fue la irrupción de la CEDA en la vida política española. Ante el temor de que se diese un golpe de estado, por parte de la CEDA, se produjo la Revolución de Octubre, una reacción que intentaba volver a las premisas reformistas de 1931. En este acontecimiento se produjeron las primeras matanzas de personal religioso.

Los capítulos tres y cuatro se centran en los protagonistas de los actos violentos contra el personal eclesiástico y los bienes de la Iglesia durante la Guerra Civil, y como estos actos sirven, dentro de este marco inesperado de pérdida de poder por parte del Estado republicano, para obtener más poder dentro de la nueva sociedad en formación. Estos capítulos pretenden desterrar el estereotipo del violento anarquista, que se generó durante la guerra, y se potencializó con la dictadura. Tradicionalmente, se describió a los anticlericales como hombres jóvenes anarquistas. La autora a través del análisis de diversos acontecimientos muestra como esta descripción no se ajusta a la realidad y abre el gran abanico de los protagonistas de la violencia anticlerical, como afiliados a partidos republicanos, personas sin filiación política o sindical, o militantes de otros partidos o sindicatos que luchaban a favor de la Segunda República. En el tercer capítulo centra su atención en las multitudes, para hacer ver que los actos anticlericales e iconoclastas tienen una gran diversidad de protagonistas y que estos se guían por diversos motivos, dependiendo de la posición ante los nuevos poderes revolucionarios. En el cuarto capítulo, el objeto a tratar es la creación de una identidad sexual de los protagonistas. La presencia de mujeres es un aspecto novedoso e innovador. Aunque la presencia de mujeres en este tipo de actos se conocía, poco o nada se decía de ellas. La autora saca a la luz a estas mujeres y explica las cuotas de poder que alcanzaron dentro de estos nuevos espacios, y como sus propios compañeros varones, guiados por un pensamiento machista predominante en la época, las limitaron y las relegaron a un papel tradicional dentro de estos nuevos espacios revolucionarios.

Tras el análisis de los tipos de protagonistas de la violencia anticlerical e iconoclastia en el capítulo cinco, la autora pasa a señalar las principales motivaciones por las que se cometen este tipo de actos violentos y con qué fines. Es fundamental para entender las formas de la violencia anticlerical de 1936 el contexto, ya que estas no se mantienen en el tiempo, cambian y se adaptan según las características de cada periodo histórico. También se tienen en cuenta los objetivos que querían alcanzar con este tipo de violencia. Por ello, en un contexto de guerra, con un Estado que luchaba por recuperar el vacío de poder que había quedado tras el golpe, muchos militantes de base leales a la Segunda República pudieron acceder a cuotas de poder antes inimaginables, y una forma de potenciar su influencia en este contexto fue la violencia anticlerical. Este tipo de violencia no solo sirvió para adquirir más poder dentro de esta nueva situación, sino para eliminar la presencia de la Iglesia del

espacio público y así purificar la sociedad o resignificar los antiguos espacios sacros, de acuerdo con su propia concepción de lo que es el bien común y el papel que debe ocupar la religión en el espacio público.

En el último capítulo, Maria Thomas estudia dos aspectos fundamentales dentro de la violencia en la zona republicana, aplicándolos a la violencia anticlerical e iconoclasta. El primero es el mito de la turba incontrolada, cuando se producían actos como la quema de iglesias. Una idea que desecha la autora a través de diversos testimonios y fuentes que describen este tipo de actos como tranquilos y ordenados. El otro aspecto que destaca es la habitual presencia de foráneos como catalizadores de la violencia dentro, sobre todo, de sociedades rurales, donde los lazos comunitarios son más fuertes. Con la llegada de estas personas, fundamentalmente de las ciudades, pero también de otros pueblos, los lazos se podían romper más fácilmente y producirse así actos violentos contra los vecinos. Las nuevas autoridades de la comunidad también recurrieron a los foráneos para librar a la población de posibles tensiones ante la presencia de personal religioso en el pueblo, a través del traslado de estas personas a la ciudad o llamando a los nuevos micropoderes urbanos, constituidos por militantes de base y ciudadanos como alternativa al Estado republicano, para que se llevasen a los sospechosos.

La Fe y la Furia de Maria Thomas nos ofrece la posibilidad de adéntranos en el imaginario colectivo de los perpetradores de la violencia anticlerical, y poder así entender el porqué de este tipo de violencia. De esta forma se destierra la idea de persecución religiosa indiscriminada. Otro aspecto fundamental es la ruptura con el estereotipo tradicional del violento, haciéndonos ver la diversidad de protagonistas, ya sea por sexo, edad o filiación política o sindical. Fue un acontecimiento intergeneracional e interclasista, por lo que no se puede hablar solo de una corriente política (el anarquismo) que alimentara el odio a la Iglesia; muy al revés era un rasgo general de la vida española de la época, que traspasaba las fronteras sociales, económicas y políticas.

En general, la obra *La Fe y la Furia* de Maria Thomas, es un análisis de los protagonistas y sus motivaciones en actos anticlericales e iconoclastas que han sido poco estudiados, o lo han sido desde otros enfoques que no nos permiten conocer de una forma tan profunda el significado de este tipo de violencia. Este estudio no solo se queda en la violencia anticlerical, sino que puede servir como punto de partida para otros estudios dedicados a la violencia que se produjo en la retaguardia republicana.